

Identidad y Juventud

Docente: Soledad Arriagada Sánchez

Podemos mencionar como característica de nuestros tiempos y de nuestras sociedades, que desde el punto de vista de la subjetividad de los jóvenes, la juventud, se vivencia como un momento de tensión entre las expectativas que aparecen en un mundo globalizado y moderno y las posibilidades reales que poseen desde el sitio que ocupan en la estructura social, de esta forma la vivencia cotidiana se halla marcada por la urgencia de constituir identidad. Deben enfrentarse, por una parte, a la exigencia social de la construcción y definición de sus identidades, y por otra, a la búsqueda de la autonomía emocional, sexual y corporal¹. Cuando hablamos del proceso de construcción de identidad, nos referimos básicamente, a aquellas vivencias sociales que permiten que el sujeto logre vincular la pertenencia a un “nosotros” desde su constitución como sujeto autónomo.

El período juvenil por lo demás, se presenta como un momento de difícil dialogo con el mundo adulto y durante el cual, el llamado “grupo de pares” posee una importancia significativa para el sujeto juvenil y su proceso identitario. Podemos entender al grupo de pares, como un mecanismo que permite enfrentar colectivamente el proceso identitario. Los jóvenes se agrupan entorno a experiencias compartidas, enfrentan problemas similares fijados por el contexto histórico en cual se relacionan. El grupo de pares, por tanto, se constituye no sólo en el marco de desarrollo y cristalización de las identidades, si no también, en un sistema de protección y estimulación a la trasgresión necesaria para constituirse como sujetos autónomos.²

Cuando indagamos en el proceso de construcción de identidad de cualquier grupo etéreo es fundamental incorporar al análisis, la identidad de género, pues es parte constituyente de las relaciones sociales debido a su influencia en la distribución, en el campo social, tanto de privilegios como desventajas. Las relaciones de género estructuran muchas de las distinciones y

¹ *Juventud: sociedad y cultura*, eds. Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel, Lima: red para el desarrollo de las Cs. Sociales en el Perú, 1999. Pág. 14.

² *Ibíd.*, pág. 15.

significaciones que se les atribuyen a los grupos sociales que interactúan en un momento y contexto determinado. Asimismo, estas referencias se encuentran omnipresentes en los procesos de socialización y por tanto, en los procesos de construcción de identidad.

El género es una identidad que se asigna y que también se adquiere socialmente, y que tiene que ver con el conjunto de roles y símbolos que se adscriben a la determinación biológica. Es un concepto relacional identificable en todos los contextos de interacción social. Cabe hacer hincapié que, dicha determinación está presente durante toda la vida del individuo, pero es durante la juventud cuando adquiere un nuevo sentido por que se haya vinculado al ámbito de la sexualidad, la cual se encuentra en un momento de particular florecencia y descubrimiento.

Identidad juvenil e identidad de género

Nociones generales de género

Históricamente todas las sociedades han atribuido a las diferencias sexuales un conjunto de significaciones sociales diferenciales y complementarias. De esta manera las distintas sociedades y culturas establecen y manejan distintos patrones de género. Comprendiendo como patrones de género, los distintos modelos asignados a mujeres y hombres según el contexto social y cultural de que se trate.

Estas significaciones sociales son resultado de prácticas y discursos que van determinando sistemas de sentido y acción social, relacionados, en primera instancia, con la sexualidad y la reproducción, pero alcanzando significaciones e influencias en todas las demás dimensiones sociales. Las relaciones de género involucran todos los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores asociados al sexo biológico, todo lo cual se articula, se transforma o actualiza permanentemente en el espacio social.

De este modo, las relaciones de género se van articulando en el espacio social, inmersas siempre en una dimensión relacional, es decir, cada género se determina en función de la configuración de géneros de la sociedad específica. De esta manera, cada género se define por referencia al otro. En otras

palabras, el alter determina las características y límites para que el ego no atraviese la línea identitaria que los debe separar.

Significaciones sociales del género

De esta suerte, podemos ver como se inscriben en los cuerpos sexuados diferencias culturales que asignarán distintas posiciones en la estructura social, tanto a mujeres como a hombres. Asimismo, es importante considerar que la distribución de estos símbolos permite indagar en las maneras en que se despliegan las configuraciones de los sistemas de prestigio y poder, siempre presentes cuando hablamos de valoraciones y distribuciones sociales.

Las relaciones de género, por tanto pueden considerarse como un núcleo primario de las relaciones sociales, desde las cuales se proyectan o complementan sistemas de prestigio y poder a nivel de la sociedad. Conformándose de esta forma, las diferencias de género como ejes ordenadores de las diferencias sociales, es decir, estructurantes del orden social. Las relaciones de género, por lo tanto se constituyen como verdaderos dispositivos donde se actualizan y se transforman los patrones culturales definidos para cada uno con sus consiguientes repercusiones sociales. Las prácticas y discursos asociadas a lo femenino y lo masculino encuentran, como ya hemos dicho, una valoración diferencial en las culturas, produciéndose una obstinada jerarquización de la diferencia entre los géneros, quedando por lo general, en una categoría inferior lo relacionado con lo femenino.

De esta manera, las relaciones de género son relaciones sociales extremadamente complejas, tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas, en un nexo dinámico y mutuamente determinante. Las relaciones de género, por tanto, se definen por su constante interacción. Sin embargo, no hay que olvidar que se trata de relaciones de poder, de esta forma, analizar constantemente a los sistemas de género, en su funcionalidad de nudos o de dispositivos de orden

social, como verdaderos sistemas de poder³. Son resultado de un conflicto social permanente entre los géneros por la hegemonía social. De esta manera, es preciso poner atención en las maneras en que se estructuran y ejercen los roles, en como se movilizan estrategias para adecuar las determinaciones sociales y las maneras concretas en que se es sujeto con identidad de género en las vivencias particulares y colectivas.

En consecuencia, podemos situar al género como construcción social y a partir de esto cuestionar la aparente “natural” distribución del trabajo o la también “natural” asignación de roles sexuados, en otras palabras el género es un hecho social. Con esto definitivamente se anula el determinismo biológico y la explicación de que existe una condición inmanente de ser hombre o mujer. Al género se le atribuyen esencias culturales y por tanto, simbólicas, que marcan el proceso identitario. En este sentido, aparece relacionado con todo un universo simbólico, de esta manera, las conductas aprendidas y designadas por grupos de actores sociales a través de la historia. Al concebir las articulaciones sociales que tienen los sistemas de género, podemos vislumbrar con mayor precisión de qué manera la diferencia de género cobra en la realidad social, una dimensión de desigualdad. De tal manera, plantearse el porqué la diferencia sexual debe seguir convirtiéndose en desigualdad social.

Juventud e identidad de género

En el período juvenil, la construcción de identidad de género posee la particularidad de ocurrir en el marco de la exploración de la propia sexualidad, como una dimensión que en este período enfrenta transformaciones biológicas importantes. Es necesario recalcar que los cambios biológicos que ocurren son relevantes por que están impregnados, como ya hemos revisado, de significaciones sociales. En este sentido la construcción de sujetos femeninos y masculinos sexuados es una imposición social que deben cumplir todos los sujetos en esta etapa de la vida.

Considerando, como hemos revisado, el género como una categoría construida y producida socialmente, en donde la identidad siempre extrae parte

³ De Barbieri, Teresita. “sobre la categoría de género una introducción teórico-metodológica” en Género, conceptos básicos. Facultad de Cs. Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

de sus insumos de la matriz cultural y social concreta que la alberga, examinaremos ahora, parte de los patrones que intervienen en las significaciones sociales que se le atribuyen a la mujer y al hombre. Cabe acentuar que la identidad de género, está referida a la posición que el sujeto ocupa en cierto contexto de interacción, por lo tanto este es particular no sólo al género sino además a la etnia y la clase. Existirían por tanto diversas identidades de género en una misma sociedad, distintas maneras y posibilidades de ser mujer y de ser hombre.

Lo femenino y la masculinidad

La representación social de lo femenino aparece, en gran parte de las culturas, asociado a la visión emocional de mundo, en oposición o complementariedad con lo masculino, que asoma asociado a lo racional. El mundo aparece como polarizado en una distribución de roles según las características esenciales que se le atribuyen a la dualidad del sistema sexo/género. Considerando el carácter aparentemente natural que poseen estas cualidades que de cada género se esperan, la distribución de roles aparece como inamovible y como la manera lógica en que “las cosas siempre han funcionado”. Otra característica necesaria de visualizar es que en este proceso de distribución de tareas esta siempre presente una desigual valoración social de los distintos roles.

En la cultura occidental predomina una visión de la distribución de roles definido desde la cultura patriarcal. Si bien esta ideología continua teniendo una importante hegemonía simbólica, es necesario matizarla debido a la existencia de diversos cambios sociales que han influido en que las relaciones de género se modifiquen.

Hecho el alcance, tenemos que la ideología del patriarcado identifica a la mujer, con el ámbito de lo doméstico -cuidado de niños, ancianos-, dado que su supuesta condición natural de conexión con lo emocional la haría más idónea para este rol. Esta identificación enlaza al ámbito doméstico con ocupaciones fragmentadas y particularistas; y al ámbito público con quehaceres integradores y universalizantes. El ámbito público sería rol masculino. Esta división produce que cada actividad posea distinta valoración social estableciendo ocupaciones inferiores y otras superiores según criterios de trascendencia.

Cabe destacar que dentro de nuestra cultura latinoamericana encontramos una configuración cultural que recoge esta la concepción patriarcal, pero que incluye una compleja lista de otras valoraciones, asociaciones y símbolos: el machismo.

El machismo

El machismo es una construcción social de una manera específica de concebir la relación entre los géneros, y se constituye en un referente importante a la hora de analizar la valoración inferior que determina al mundo femenino. Dentro de esta concepción se explicitan conductas diferenciales para hombres y mujeres, que se constituyen en las configuraciones esperadas desde la sociedad normativa. Basada en la exacerbación de lo viril, y fundamentándose en su superioridad física frente a lo no- masculino, esto, por poseer, al menos a nivel simbólico, el monopolio de la violencia. Por supuesto que asociadas a esta exacerbación se encuentran innumerables relaciones simbólicas.

En el extremo de esta configuración cultural y social, vemos que la mujer es concebida como un sujeto débil, incapaz de tomar decisiones y por tanto de hacerse cargo de la esfera pública. Esto también implica una distribución de labores en donde la mujer se encarga de las tareas del hogar, mientras el hombre resuelve el sustento y las decisiones públicas. Esta distribución implica una valoración diferencial, siendo las labores a cargo de la mujer desvaloradas socialmente, consideradas como fáciles y sin importancia trascendente.

Se le adjudican al sujeto femenino cualidades especiales, constituyendo un sujeto diferente preparado especialmente para cuidar a otros⁴. Esta idea inmoviliza a la mujer dificultando su constitución en un sujeto para sí misma. Cabe recalcar que su entorno le exige que cumpla con su rol social, que por lo demás, y producto de su socialización, hace que ella misma desconozca otros modos de ejercer su autonomía. Es importante mencionar que las propias mujeres valoran sus actividades – cuidar, nutrir, dar-, muchas veces para revertir la subestimación social y contribuir a su autoafirmación.

⁴ Martínez, Alicia, *La identidad femenina: crisis y construcción*, pág. 70, en *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*. compiladora María Luisa Tarrés, eds. Colegio de México.

El machismo, también resuelve las distintas sexualidades, tanto de hombres como de las mujeres: bajo su alero el honor del hombre, y por tanto la distribución de honor en estas comunidades, recae sobre el comportamiento femenino y específicamente sobre el uso que las mujeres hacen a su cuerpo y de su sexualidad. La mujer debe cumplir con los códigos de virginidad, de pureza y de castidad mientras el varón se constituye en su guardián⁵. Por otro lado, La masculinidad se resuelve preferentemente en la apreciación del "macho" como forma deseada o referente ideal; un hombre que es cazador de mujeres poniendo a prueba su virilidad a través del uso del cuerpo femenino conquistado y de su fortaleza física, manifestada en distintas situaciones sociales.

Se advierte de esta forma, que el varón de nuestra sociedad se enfrenta a la exigencia de difundir constantes "señales" para demostrar "que es macho", y que por sobretodo, que él no es una mujer. Nos encontramos entonces con lo que podría ser parte de la etiología de estas prácticas aparentemente inútiles, estas acciones que extrañamente deben ser continuamente realizadas y reforzadas, demostrando al grupo social en general, pero principalmente dirigidas hacia otros hombres, que se es un "hombre-macho". Pues bien, el sentido de esta continua consolidación podemos entenderla desde la incertidumbre, desde el miedo de no actuar, sentir o pensar como mujer, pues su identidad de género esta cimentada casi por completo en la oposición, es decir, se es de macho por que no se es mujer, mientras más alejado de lo femenino más consolidado como hombre. El buen cumplimiento de estas pruebas tranquiliza tanto al sujeto como al resto de los actores sociales que lo conforman, pues los alejan de la influencia de lo femenino que pone en entredicho su propia identidad de género.

Sin embargo, y aludiendo al proceso de constante adaptación y transformación de las relaciones sociales en general. Encontramos que las interrelaciones de género por la misma cualidad dinámica del nexo, resultan altamente inestables e inseguras. La hegemonía masculina, entonces esta en permanente reto y por diversos frentes. De esta manera, podemos establecer que "los/las sujetos tienen un campo de posibilidades de readecuación;

⁵Melthus. Marit. *"Una vergüenza para el honor, una vergüenza para el sufrimiento"*.

abarcando desde la obediencia aparente pero la desobediencia real, la persistencia, y la manipulación de la subordinación”.⁶

El surgimiento de nuevas formas de relaciones de género

De esta manera, las mujeres, en el cumplimiento de sus roles poseen un espacio de movilidad y de poder, que ha precipitado y precipita transformaciones en las dinámicas de género, volviéndose espacios contradictorios, inseguros y en constante tensión para el orden establecido. Esta inestabilidad es lo que ha llevado a resolver el conflicto mediante una estructuración sofisticada, que aún así, y debido a múltiples factores sociales sufre constantes alteraciones.

De esta manera podemos referirnos a la situación que enfrenta la masculinidad actualmente; el hombre de nuestra sociedad, esta pasando por un proceso de metamorfosis y de remezón de la construcción sociocultural de su identidad de género, debido a que las formas tradicionales de construcción de masculinidad sustentadas por la ideología del patriarcado ya no son ni sencillas ni incluso posibles de desempeñar debido a que el escenario ha variado.

Por diversas razones la masculinidad hegemónica, que configuró a varias de las generaciones anteriores, ya no cumple con su función identitaria y tranquilizadora: cumplir las tareas que imponía resulta en esa modernidad tardía, algo desgastante, existe una imposibilidad actual de cumplir con el desempeño esperado siguiendo al ideal del “macho”, continuar por el camino trazado por el patriarcado se vuelve poco a poco inservible para cada vez más situaciones. Esta configuración cultural dificulta la relación entre géneros, debido a los mismos procesos de agitaciones que han ocurrido, no sólo a nivel de avances para las mujeres sino también los logros y las aberturas hacia los debates planteados por otras minorías sexuales y étnicas

El hombre se ve entonces, ineludiblemente confundido ante éste sujeto femenino. Está sujeto que ha asumido que existen distintas formas de ser

⁶ De Barbieri, Teresita. “sobre la categoría de género una introducción teórico-metodológica” en Género, conceptos básicos. Facultad de Cs. Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Pág. 35

mujer, que se encuentra más familiarizada consigo misma que en consecuencia se acepta en su diversidad, que además, ya no requiere, como antes, ni el permiso, ni la protección del “macho”, aquella sujeto que se desempeña en el mundo público con eficiencia y ambición. Todo esto la hace exigir nuevas formas de relacionarse con el género masculino, y por lo tanto obliga a relacionarse con ella de otra forma, buscando la integración y complementariedad en las relaciones, finalmente, promoviendo un acercamiento más conciliador y quizás más independiente.

Así las cosas, la conformación de la identidad masculina está siendo cada vez más traumática, al conformarse por oposición por que así ha realizado su construcción de identidad por un largo período histórico. El continuar constituyéndose por oposición, ya sea a la mujer o al homosexual, los obliga a rendir un permanente examen sobre su virilidad. Esta situación es evidentemente cada vez más difícil, así vemos que este tipo de masculinidad tradicional esta siendo cuestionada, permitiendo el surgimiento de nuevas maneras de ser hombre. De esta manera, vemos a una diversidad de masculinidades que se encuentran en distintos procesos de formación y de legitimación social. Le queda, pues al hombre lograr aceptar la diversidad en su género; y por lo tanto asumir que existen múltiples formas de construcción de masculinidad, aceptando por cierto, también las formas homosexuales de construcción de género.

Bibliografía complementaria

Joan W. Scout

El Género: una categoría útil para el análisis histórico. En “género, conceptos básicos”. Facultad de Cs. Sociales Pontificia universidad Católica del Perú

Elisabeth Badinter

XY: la identidad masculina. Alianza Editorial Madrid, 1992

Simon de Beauvoir

El segundo sexo. Siglo XX, buenos aires, 1972

Sonia Montesinos

Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno. Editorial Cuarto Propio- CEDEM, Santiago 1993

Claudia Serrano

La investigación sobre la mujer en América Latina. Estudios de género y desafíos de la sociedad. CLACSO. Publicaciones CIPAF UNESCO. 1993

Octavio Paz

El laberinto de la soledad. Fondo de la Cultura Económica, México. 1959